

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 225

Valencia, 14 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

Los mares
que se había
tardado siglos
en hacerlos seguros,
ven florecer una nue-
va piratería al servi-
cio del fascismo inter-
nacional

Hay que salvar a la S. de N.

La política de la Sociedad de Naciones

OBLIGACIONES QUE SE DESPRENDEN DEL COVENANT

(Carta de Lord Cecil a "The Times")

Señor:

La política defendida por Lord Lothian y Lord Rennell tiene un aspecto positivo y otro negativo. Negativamente, declaran que la «totalidad de la política de la S. de N.» o la «acción política de la S. de N.» debe abandonarse. Es lástima que no hayan empleado términos más precisos. Si, como se nos insta constantemente a hacer, hemos de descender a las «realidades», lo más esencial es decir con absoluta franqueza lo que realmente pensamos. ¿Estoy equivocado al insinuar que lo que desean los dos nobles Lordes es que aquella parte del «Covenant» de la S. de N. que prevé la evitación o la supresión de todo acto agresivo, si fuese necesario por medio de la fuerza, es decir, los artículos 10 al 17, debe ser ignorada?

Creo que no se trata de que propongamos a este efecto una enmienda al «Covenant», sin que, en la práctica, renunciemos a unirnos para imponer estos artículos, y debe hacerse saber que esta es nuestra intención. Seamos claros sobre lo que esto significa. Estos artículos imponen a los miembros de la S. de N. la obligación de acudir en ayuda de cualquier Estado miembro de la S. de N. que sea víctima de una agresión. A mi juicio, no es obligatorio emprender una acción aislada. Pero si existe la obligación de actuar en pro del mantenimiento de la paz, siempre que otros Estados estén dispuestos a unirse a nosotros para hacerlo, los suficientes, al fin de que la acción sea efectiva. Nosotros somos los que tenemos que juzgar sobre esa suficiencia. Pero esto no nos releva del deber de hacer patente que estamos dispuestos a obrar juntamente con otros. Sé que algunas personas sostienen que esta obligación no puede llevarse hasta el extremo de tomar medidas militares. Esto me parece un punto de vista erróneo, ya se tome en consideración la letra de los artículos, o sean interpretados éstos, como deben serlo, como parte del plan general y de las previsiones del «Covenant». Pero no es necesario hablar sobre esto, ya que el punto de vista que se discute no establece distinción alguna entre las medidas militares y la presión por medio de una acción económica o diplomática. Ha de abandonarse enteramente el concepto de que es parte del deber de la S. de N. impedir la agresión y proteger a las víctimas.

No veo cómo puede realizarse esta parte de la expresada política sin una grave violación de nuestra palabra empeñada. Cuando en la Conferencia de París acordamos con otros Estados —unos 53— entrar en el «Covenant», la parte de que se nos pide que prescindamos era y es considerada por muchas de las demás partes contratantes como de importancia vital. No veo cómo podemos apartarnos de ella ahora sin un quebrantamiento de nuestra fe como difícilmente se hallará ejemplo en nuestra historia diplomática. Esto es tanto más verdad, cuanto que el «Covenant» mismo indica claramente lo que debemos hacer si no estamos satisfechos de las obligaciones que de él se desprenden. O debemos pedir la enmienda necesaria del «Covenant», o, si ello es impracticable, notificar nuestra retirada de la S. de N. Esto podemos hacerlo, por desastroso que sea, pero de no proceder así, no veo qué respuesta de-

cente podemos dar a un miembro oprimido de la S. de N. que solicita de nosotros el cumplimiento de nuestras obligaciones.

Dejarme volver por un momento al lado positivo de la política de Lord Rennell, indica que deberíamos aspirar a una política de comprensión basada en la buena voluntad. ¡Admirable! ¿Pero qué quiere decir esto exactamente?

Habla de que desaparezca la desigualdad y la superioridad. Tiene razón. Pero, las potencias militaristas no emplean la blandura. Siempre han tratado las cosas de este género con desprecio o como estímulo para seguir adelante. Nuestro deseo declarado de conciliarnos con el Japón fué seguido de una nueva invasión japonesa en China. El intercambio de mensajes corteses con Italia fué el preludio al hundimiento de nuestros barcos en el Mediterráneo. No, si hemos de llegar a un acuerdo con las potencias militaristas, ha de ser sobre el principio de «De ut des». Aún entonces será precario, a menos que esté respaldado por alguna forma de garantía internacional. ¿Quién puede creer en serio, por ejemplo, que si Franco gana, los italianos evacuarán Mallorca o que los alemanes no pedirán algún «quid pro quo» territorial o comercial por su ayuda? Sin embargo, se puede llegar a un acuerdo debidamente garantizado si estamos dispuestos a pagar el precio. ¿Que podemos ofrecer? A lo que veo, el pago ha de ser en territorio o en dinero. ¿Qué otra cosa hay de verdadero valor? ¿Estamos, pues, dispuestos a dar a una o a todas las potencias militaristas partes de nuestro Imperio? ¿O les hemos de dar ayuda financiera con el riesgo de que les ponga en condiciones de proseguir sus preparativos militares? Ninguna de estas alternativas es halagüeña. Pero yo no rechazaría la consideración de cualquier proposición que hiciese desaparecer la tensión europea. Sin embargo, la primera condición para el buen éxito de tales negociaciones tiene que ser un cambio completo de la actitud de los Estados militaristas con respecto a la cooperación internacional; en la actualidad, la rechazan completamente, aun en las formas más inocuas. La reciente negativa alemana a tomar parte en las conferencias eclesiásticas de Oxford y Edimburgo es típica desde el punto de vista militarista. Consideran la soberanía nacional como absolutamente suprema. No quieren oír hablar de ningún control de ella por cualquier clase de acuerdo o asociación internacional. Mientras se adopte esta actitud, es engañarse esperar un «acuerdo basado en la buena voluntad».

Mientras tanto, digo que debemos ser fieles a nuestras promesas. No podemos, en circunstancia alguna, merecer el favor de las potencias de presa abandonando a merced de ellas a aquellos con quienes estamos ligados en el lejano Oriente, en el Mediterráneo e incluso en la Europa Central. Si no podemos conservar otra cosa, conservemos al menos nuestro propio respeto.

De usted atento, etc.,
CECIL.

Chelwood Gate, Haywards Heath, 6 septiembre de 1937.

(«The Times», 8-IX-37.)

La Italia fascista ha atacado a Etiopía, miembro de la S. de N. Y los miembros de la Sociedad, que se habían comprometido a mantener la independencia de este país contra toda agresión exterior (artículo número 10 del Pacto), han dejado que tal conquista se lleve a cabo.

Italia y Alemania hacen la guerra a España y ya ni siquiera lo ocultan. Y las naciones asociadas se preocupan, sobre todo, de impedir que el Gobierno reciba las armas necesarias para su defensa, a pesar de que se habían comprometido solemnemente a procurar los medios necesarios para acudir en su ayuda tan pronto como se produjese una amenaza o un peligro de agresión (artículo 10).

El Japón sigue en China una guerra terrible, uno de cuyos primeros resultados es el llevar la destrucción a una de las mayores aglomeraciones del mundo. Las potencias, que han garantizado también la integridad de China, son felices de poder aún no darse cuenta del atentado, porque el Japón ha tenido a bien no declarar la guerra que practica y llamarla «incidente».

Los marineros fascistas detienen en alta mar —hoy en el Mediterráneo, mañana en el Océano— a los barcos mercantes, o los echan a pique, sin preocuparse de la suerte que puedan correr las tripulaciones. Las potencias no dicen nada, o se limitan a hacer protestas vanas. El Gobierno de Londres, que antes estaba orgulloso de «vigilar las olas», da hoy a los capitanes de sus navios mercantes consejos de prudencia, que antes se hubiesen considerado como consejos de cobardía.

Uno tras otro van entrando en la guerra los países. Los mares, que se había tardado siglos en hacerlos seguros, ven florecer una nueva piratería al servicio del fascismo internacional. Y los Gobiernos dejan hacer como si creyesen, neciamente, que el mal terminará por sí solo y que para impedir que llegue la guerra general basta con hacer como si no se la viese venir.

Sin embargo, las naciones pacíficas están en mayoría aplastante, y disponen de la influencia, de la riqueza y hasta de la fuerza militar. Les bastaría aún con desearlo, juntas para establecer sobre bases indestructibles la seguridad colectiva organizada en la S. de N.

Parece ser que varios Gobiernos importantes piensan, por el contrario, aprovechar la Asamblea del 13 de septiembre para provocar en ella diversas manifestaciones de sumisión ante la insolencia fascista, tales como el reconocimiento del imperio italiano y la negativa a ocuparse en serio de la cuestión española y del problema chino. De esta forma harán que se desvanezca toda esperanza de instaurar en el mundo una paz verdadera.

¿Cómo oponerse a un deseo tan contrario al voto de la opinión pública, que ansia la paz en la libertad y no una vana apariencia de paz en la sumisión a la fuerza bruta?

Dirigiendo un llamamiento precisamente a la opinión pública, haciendo que se manifieste con fuerza bastante para que se la tenga que escuchar.

Desde hace mucho tiempo, las asociaciones pacifistas, las asociaciones en favor de la S. de N. y otras muchas organizaciones se esfuerzan por hacer comprender a la opinión la necesidad de defender la paz. El año pasado una gran iniciativa lanzó un movimiento nuevo. Sus autores se dijeron que todas las agrupaciones de hombres tienen dos grandes intereses: aquel en virtud del cual se constituyeron las organizaciones y el de la paz, que es común a todos. Un puñado de personas de buena voluntad, con Pierre Cot y el vizconde Cecil a la cabeza, apelaron a todas las asociaciones, desde los partidos y los sindicatos hasta las asociaciones filosóficas y a las iglesias, para que uniesen sus influencias a fin de ejercer en Ginebra la acción necesaria y dar por último a la Sociedad de Naciones el apoyo popular sin el cual permanecería estéril.

De esto ha resultado una grande y fecunda actividad. El movimiento ha tomado un desarrollo halagador en los más grandes países y en muchos de los pequeños; por ejemplo, en Suecia, en donde acaba de efectuarse un importante congreso y los sindicatos son los principales animadores de la campaña. En Bélgica se comenzó bien; habíase recibido un gran número de promesas de apoyo, pero luego se han disipado no sé por qué. No quiero creer que el motivo sea que exista en nosotros alguna indiferencia hacia la causa de la paz, lo cual sería

(Continúa en la página siguiente.)

En tercera página;

Relato de un antiguo afiliado de Falange

Hay que salvar a la S. de N.

(Continuación)

completamente incomprensible. Nuestros sindicatos, nuestras cooperativas, nuestras ligas y nuestras organizaciones de todas clases, quieren, estoy seguro, manifestar, como los de los demás países, su voluntad de ver la paz y la libertad garantizadas por una organización internacional sólida. Yo les indico aquí la ocasión que se presenta de dar una expresión concreta de su sentir.

La Unión universal por la paz, la Unión internacional de las asociaciones pro S. de N. y el Congreso mundial de la Juventud, acaban de lanzar conjuntamente un gran manifiesto en ese sentido.

Piden que, de un extremo al otro del mundo, cada asociación, cada grupo, cada sección, envíe al presidente de la Sociedad de Naciones en Ginebra una petición concebida en estos términos:

«Solicitamos respetuosamente al Sr. Presidente de la Asamblea y a nuestro ministro de Negocios Extranjeros que informen a la XVIII Asamblea de la Sociedad de Naciones de que la opinión pública exige una política internacional basada en el Pacto de la S. de N. que garantice la paz del mundo, oponiéndose de manera efectiva a toda agresión.

Nombre de la organización

Número de miembros

EL PRESIDENTE,

EL SECRETARIO,

LUIS DE BROUCKERE

(«Le Peuple», París, 8-IX-37.)

ESTOY CON EL PUEBLO ESPAÑOL

Por THOMAS MANN

Küsnacht, Suiza.

No soy político de nacimiento, es decir, hombre sujeto a partidismos, cuya voluntad ejerza restricciones y limitaciones sobre su inteligencia. No es tampoco el interés el que me impulsa a hablar, sino solamente mi conciencia, que sufre y se indigna. El interés es lo que mueve a todas las grandes ruindades que se cometen en el mundo. Como sucede ahora en España. Entonces, ¿a quién corresponde sino a los artistas genuinos —aquellos hombres cuyas emociones son libres— a afirmar la conciencia humana en contra de los intereses bastardos, a la vez tan presuntuosos y tan pequeños; protestar contra la confusión embrutecedora y enorme que existe en nuestro tiempo entre la política y la ruindad?

No hay especie más baja de escarnio que la que se hace al artista que desciende al campo de la realidad. Y el motivo de ese escarnio es el interés; el interés, que prefiere lograr sus fines en la oscuridad y el silencio, sin encontrar el obstáculo que le pueden oponer las fuerzas del intelecto y el espíritu. Este interés desea confinar a los artistas a sus dominios propios de lo cultural, diciéndoles que la política está por debajo de su dignidad. Con esto consiguen que la cultura se convierta en esclava del interés, su elemento accesorio y cómplice, todo a cambio de la falsa moneda de un poco de dignidad.

La democracia es hoy un hecho comprendido e intrínseco, hasta el punto de que la política es una cuestión de todos. Nadie puede negar esto, que es algo que se nos aparece con una inminencia nunca vista hasta ahora. Algunas veces oímos decir a alguien: «No me interesa la política.» Estas palabras nos impresionan como absurdas, y no sólo como absurdas, sino como egoístas y antisociales, una estúpida decepción de la persona misma. Pero son algo más, porque dejan ver una ignorancia, no sólo intelectual, sino ética. El campo político-social es una parte innegable e inseparable del todo humano; es un sector del problema humano, la tarea humana, que el hombre apolítico intenta apartar, como lo decisivo y actual, de la esfera política. Lo decisivo y lo actual es en verdad eso, pues, en el temperamento de la política el problema del ser humano, el hombre mismo, se nos presenta hoy con una seriedad final, de vida o muerte, desconocida has-

ta ahora para nosotros. Entonces, ¿debe dejarse que el artista —él, que por naturaleza y destino ocupa siempre los puestos más descados en la Humanidad— eluda el tomar una decisión?

Una seriedad de vida o muerte. Utilizo estas palabras para expresar la convicción de que las palabras de un hombre —y cuanto más las de un artista— están en la actualidad íntimamente ligadas a la salvación de su alma. Deliberadamente hago empleo de una terminología religiosa; tan convencido estoy de que un artista que en nuestro tiempo evita la cuestión, evade el problema humano, cuando éste se presenta bajo una forma política y traiciona al interés las cosas del espíritu, es un alma perdida. Debe ser detenido; no sólo porque sacrifica su existencia como artista, su «talento», y no produce nada más que sea útil para la vida, sino porque su obra anterior, no creada bajo la presión de tal preocupación y que en su tiempo fué buena, cesará de serlo y se reducirá a polvo ante los ojos de la Humanidad. Esta es una profunda convicción a la cual he llegado a través de ejemplos que mientras escribo aún tengo en la mente.

Se me preguntará qué quiero significar por espíritu y qué por interés. Lo espiritual, visto desde el ángulo político-social, es el anhelo que tienen las personas de condiciones de vida mejores, más justas y más felices, más adecuadas al estado de desarrollo de la conciencia humana. Y el interés es todo aquello que trata de reprimir este deseo, porque entonces se vería privado de ciertas ventajas y privilegios. En España, el interés se desencadena. Se desencadena con una falta tal de vergüenza como el mundo pocas veces ha visto. Lo que está sucediendo desde hace muchos meses constituye una de las páginas más escandalosas y mortificantes que la Historia tendrá que mostrar.

¿Lo ve, lo siente el mundo? Sólo muy parcialmente. Porque el interés criminal sabe muy bien cómo hacer a aquél y echar tierra en sus ojos.

¿No tenemos, pues, corazón? ¿No comprendemos la realidad? Nos dejaremos pasivamente privar de nuestros últimos restos de libre juicio humano por el interés, que infaliblemente apela a los peores instintos, aunque los revista con nombres tales como el orden, la cultura, Dios y la Patria? Un pueblo

En el camino de la justicia

Mientras Italia pierde, España gana

La conducta de Italia al negarse a comparecer en Nyón ante el representante de la U. R. S. S. no puede ser más humana. A buen seguro que si todos los delincuentes del mundo tuviesen atribuciones semejantes a las que disfrutaban los Gobiernos facinerosos, sólo en casos rarísimos se hallaría alguno que aceptara voluntariamente un careo con su víctima, y serían, en cambio, innumerables los que preferirían que el proceso se convirtiera en una charla amigable entre el acusado y el tribunal. Pero, aunque rehuya el encuentro con el acusador, Italia no puede evitar que se la juzgue. Y todos sus esfuerzos por aislar a España, no impiden que ésta cuente cada día con más apoyo en el mundo, mientras que el «duce» se ve reducido a la menguada compañía de tres o cuatro Gobiernos que aún no se han percatado de lo que verdaderamente hay detrás de la megalomanía fascista.

No deja de ser curioso el decoro que, en las más diversas circunstancias, nos ha ido revelando el fascismo italiano. Es un decoro que no consiente que un representante de Italia se sienta a la misma mesa que uno de la U. R. S. S. si la mesa está en Nyón, pero si lo permite, y aun lo propone, si la mesa está en Londres. Permite también a Italia ese decoro hundir sin aviso barcos mercantes en el Mediterráneo, pero no acepta virilmente la responsabilidad, con lo que duplica lo que, fuera del campo del decoro fascista, se llama cobardía. Para el código del honor mussoliniano resulta más decoroso atribuir el desmán a un militar sublevado, internacionalmente irresponsable. Se le podía haber propuesto a Mussolini una transacción: que en vez de sentarse a la misma mesa todos los miembros de la Conferencia Mediterránea, se agrupasen en torno a dos mesas. En una, Italia y sus cómplices; en la otra, las naciones que defienden el respeto a la ley. Acaso esto le habría parecido más decoroso. En cambio, para el resto del mundo, la primera mesa sería el banquillo; la otra, el tribunal. Mas no importa que ya sea tarde para proponerle esa transacción. Dondequiera que se hallen los hundidores de buques mercantes, los asesinos de naufragos, los burladores de sus propios compromisos de no intervención, dentro o fuera, en Nyón, en Ginebra, en Londres, en el Mediterráneo, dondequiera que ellos se encuentren, allí estará el banquillo; y el tribunal estará dondequiera que ellos estén.

En vano ha sido recusada la U. R. S. S. por el «duce»; en vano ha sido excluida España de la

Conferencia Mediterránea, como antes lo había sido del Comité de Londres, para satisfacer el decoro fascista. En las reuniones de aquella Conferencia tendrá que ser juzgada Italia. En cuanto a los próximos debates de Ginebra, ya el delegado de España, doctor Negrín, ha hecho constar en París, ante el ministro de Negocios Extranjeros, Delbos, que «el examen del asunto de la seguridad de navegación en el Mediterráneo no puede ser sustraído bajo ningún pretexto al examen de la Sociedad de Naciones, sin atentar gravemente al prestigio de autoridad moral de esta institución». Será, pues, juzgada también en Ginebra la famosa potencia «desconocida», aunque cuente con el voto de Polonia, que la salve de la sentencia correspondiente a la unanimidad. Y será juzgada, asimismo en la próxima reunión de las Internacionales Socialista y Sindical. Y aun fuera de todas esas Asambleas internacionales, lo mismo en las Cancillerías que en las más humildes tertulias, dondequiera que haya un criterio o un corazón honrado e independiente, es decir, que no haya absorbido aún el decoro fascista, allí también será juzgada la nación que en sus relaciones con los demás pueblos parece que se ha propuesto batir, con mucho, el «récord» del caballo de Atila. Hasta de Estados Unidos, tan alejado de la vida política de Europa y más aún de todas esas Conferencias en que tantos países europeos suelen demostrar cuán falsa es la civilización de que verbalmente se envanece; hasta de Estados Unidos acaba de llegarnos el fallo que aquella gran democracia deja caer sobre los desmanes mussolinianos. El secretario de Estado, Cordell Hull, ha dicho que su país no reconocerá ninguna clase de bloqueos en las costas españolas. Y ya se sabe que lo que los piratas italianos han hecho en el Mediterráneo oriental en contra de buques, según ellos, destinados a España, es una de las clases de bloqueos que no reconoce la Cancillería norteamericana.

Es evidente que Italia ha perdido terreno, mientras que España lo ha ganado. Italia sólo cuenta hoy con Alemania, Polonia, Portugal y, allá en el Extremo Oriente, muy atareado en su pugna por meterse un poco más en territorio chino, el Japón. España comienza a sentirse asistida, material y moralmente, por el resto del mundo, y, por lo pronto, ya se considera salvada de la angustiosa asfixia a que la habían expuesto los atropellos de unos y la tolerancia de otros.

(«El Socialista», Madrid, 11-IX-37.)

dominado y explotado con todos los instrumentos de la más absoluta reacción dirige sus esfuerzos hacia una existencia mejor y más compatible con la dignidad humana, un orden social que se avenga más al estado actual de la civilización.

Allí, la libertad y el progreso son concepciones que todavía no están viciadas por la ironía y el escepticismo filosófico. Para este pueblo, son condiciones de honor nacional, valores por los cuales hay que luchar hasta el final. El Gobierno, con todo el cuidado a que obligan las especiales circunstancias, emprende la tarea de suprimir los abusos más escandalosos, a poner en práctica las reformas más imperativas. ¿Qué sucede entonces? Se produce una insurrección de generales, que responde al interés de los viejos explotadores y opresores, planeada con la ayuda de intereses extranjeros que depositan allí sus esperanzas. Pero fracasa. Cuando ya está a punto de ser vencida, es apoyada por los Gobiernos extranjeros enemigos de la libertad, a cambio de promesas de ventajas estratégicas y económicas en caso de triunfar. El apoyo se hace en dinero, hombres y material bélico, protegido y prolongado, hasta que parece no haber fin para esta sangrienta, trágica, cruel y obstinada carnicería. Contra un pueblo que lucha desesperadamente por su libertad y sus derechos humanos, los soldados de sus propias colonias son lanzados para que lo despedacen. Sus ciudades son destruidas por aviones extranjeros, las mujeres y los niños son destrozados, y a todo esto se

le llama un movimiento nacional; a esta ruindad se le da el nombre de Dios, Orden y Belleza. Si la Prensa europea interesada, pudiera expresar libremente su deseo, la capital ya habría caído hace mucho; el triunfo del Orden y la Belleza sobre la «canalla marxista», ya estaría tiempo ha consumado. Pero la capital semiderruida no está todavía conquistada, y la «turba roja», como dice la Prensa interesada, cuando se refiere al pueblo español, está defendiendo su vida, su vida mejor, con una fiera de león, que debe hacer que aun el más envilecido de los esclavos del interés se detenga a considerar las fuerzas morales que allí están en juego.

El derecho de los pueblos a la propia determinación, goza hoy de alto honor oficial en todos los países del mundo. Hasta nuestros dictadores y nuestros Estados totalitarios hablan con respeto de él, encontrando que es importante señalar que ellos tienen del noventa al noventa y ocho por ciento de su pueblo apoyándolos. Todo está bien claro: la revuelta militar no ha tenido al pueblo español de su lado y no puede pretender lo contrario. Los jefes rebeldes deben arreglarse como pueden con los moros y soldados extranjeros. No podría establecerse exactamente qué es lo que quiere el pueblo español. Pero lo que no quiere si es perfectamente claro: al general Franco.

Esos Gobiernos europeos que están interesados en la supresión de la libertad, han reconocido como legal a la Junta rebelde en medio

de una furiosa lucha que ellos apoyan, aun cuando en un comienzo no tomaron parte directa en ella. Dentro de sus propios países, traicionan el verdadero sentimiento de su pueblo. En España apoyan a un hombre que entrega su Patria al Extranjero. En su país se llaman nacionalistas; en España fortalecen el poder de un hombre para quien la independencia de su país no es nada si él puede matar la libertad y los derechos de humanidad; un hombre que declara que si es necesario morirán dos terceras partes del pueblo español antes de que el marxismo —es decir, un orden mejor, más justo, más humano— triunfe en España.

(«El Sol», Madrid, 8-9-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Del campo faccioso

Relato de un antiguo afiliado de Falange

Un antiguo y destacado miembro de Falange Española, que procedente del campo faccioso se encuentra actualmente en Francia, ha elevado a una personalidad republicana un interesante informe acerca de la situación del campo faccioso, antecedente y génesis de la sublevación militar y desarrollo de la agitación en la España rebelde, con la directa participación en ésta de Alemania e Italia. A continuación publicamos el texto literal de la parte narrativa de dicho informe, escrito de propia mano por el antiguo afiliado de Falange:

Génesis de la sublevación militar y de la agitación fascista

El movimiento que ensangrienta a España, no ha sido un movimiento puramente fascista. Salvo en algunas ciudades como Zaragoza, Sevilla, y sobre todo Valladolid, donde las anteriores luchas sociales habían hecho enfrentarse al fascismo con las masas obreras organizadas, en el resto de la zona rebelde, el fascismo no era apenas conocido y carecía de organización en julio de 1936, fecha del alzamiento. En Castilla, Navarra, León, Galicia y Andalucía, el movimiento fué exclusivamente militar, preparado por militares monárquicos, bajo la dirección de Mola, González Lara y otros generales, con anterioridad y detenimiento.

El gesto de rebeldía del coronel Yagüe, al frente del Tercio, anticipó su ejecución. El clero y las clases derechistas, monárquicas y reaccionarias, resentidas por el fracaso de las elecciones y espoleadas por la muerte de Calvo Sotelo, sabidamente explotada, se unieron al Ejército para derrotar por la fuerza al núcleo triunfante en las elecciones por vía legal.

El general Franco, al estallar el movimiento, ni estaba en la dirección del mismo, ni siquiera se contaba con él de un modo absoluto. Veledades republicanas le hacían algo sospechoso. Fué posteriormente cuando su inteligencia con los mandos militares fascistas extranjeros le hicieron encumbrarse y ser eje de la subversión. Alemania e Italia no querían entenderse con el mediocre Gobierno de Burgos y alucinadas por el que creían excesivo prestigio del «joven general», en el país, atisbaron en él y hallaron el jefe moldeable apto a sus fines. Por ello, Franco, que no figuraba al estallar el movimiento, ni en el primer Gobierno, se convirtió desde octubre en el caudillo, Jefe Supremo.

Fracasado el alzamiento militar por la lealtad de las zonas más importantes, la rebelión se hubiese ahogado entonces fácilmente si Alemania e Italia, en su afán respectivo de imperio y de expansión, no hubieran apoyado a los rebeldes. Estas potencias, teniendo en su mano la dirección del movimiento, por medio de Franco, el Caudillo impuesto, dieron a la rebelión un carácter e impulso fascistoide, que al iniciarse la militarada no tuvo en modo alguno. Ellas favorecieron el desarrollo de las fuerzas y organizaciones fascistas incipientes, mejoraron sus cuadros y milicias con oficiales extranjeros, crearon ambiente y propaganda fascista y dieron al mundo la sensación de que España se batía por un ideal fascista y que por ello el fascismo las ayudaba, cuando en realidad fueron ellas las que aprovechando la militarada fracasada, crearon ambien-

te fascista en un país que ni lo conocía apenas, ni le interesaba.

La eficaz ayuda extranjera hizo variar el curso de la guerra. Invadida la zona facciosa de tropas italianas, de técnicos y aviación alemanes, nuestro desgraciado país, actúa de Bélgica propiciatoria en planes ofensivos futuros.

La agitación fascista extranjera es tan impúdica y descarada que basta contemplar cualquier acto de propaganda o de homenaje en aquella zona para descubrir en el atrezo, decoración y motivos ornamentales, la influencia extraña. Una Prensa amordazada y falaz pretende hacer creer al pueblo que en la España republicana imperan los bolcheviques rusos. Ello es más comprensible observando que en la zona facciosa predomina la parte central de mayor incultura, analfabetismo y fanatismo clerical.

Ante la presión extranjera, el primitivo movimiento militar monárquico y reaccionario, con ribetes de carlismo, que acaudillaba Mola, formó un Gobierno de ayudantes, amigos y servidores de este general. Se había pensado que tal Gobierno estuviera constituido por elemento civil y militar, pero la carencia de hombres de prestigio, obligó a formarlo sólo de militares; se hallaron cuatro generales, de los cuales, dos ni estaban en la región ni sabían nada de aquello (Saliquet y Cabanellas) y no habiendo más generales disponibles, se completó con dos coroneles (Montaner y Martín), la que se denominó Junta Nacional de Defensa, radicante en Burgos, y que figuraba dirigir toda la zona rebelde, pero, en realidad, era una camarilla militar de Mola.

Franco en Salamanca y Queipo en Sevilla, ni se enteraron ni hicieron caso alguno de tal Gobierno. Franco sabía su ulterior destino por su inteligencia con las Potencias fascistas, y Queipo, constituido en virrey de Andalucía por derechos de conquista, gobernaban aquel ejército, y éste su *Insula*, con absoluto desprecio del Gobierno monárquico-clericalista reaccionario de Burgos. Cada uno de los dos generales insurrectos tenía su Estado Mayor, sus secretarías de Justicia y Hacienda, y decretaban y legislaban por su cuenta, siendo el pobre Gobierno de Burgos una farsa a los ojos del mundo, para dar una sensación de unidad nacionalista, que hoy es uno de los pretextos de ciertos países para reclamar a favor de los facciosos, el Estado beligerante. Por su parte, la Falange, ni acababa ni se cuidaba del Gobierno central; tenía su organización, mandos y tribunales propios (bajo el nombre de Juzgados especiales de Falange). Los requetés también profesan sus cuadros y organización propia. Por Decreto del Jefe Supremo de los Requetés, llegó a constituirse en Toledo, sin que lo supiera el Gobierno de Burgos ni Franco, la Real Academia Militar Tradicionalista, y en aquel *mare magnum* de mandos, decretos y organizaciones distintas y contradictorias, solamente el pueblo, sano y honrado, salía perjudicado, pues unos y otros se dedicaban a expolar, perseguir y vejarse por medio de constantes requisas, pesquisas y persecuciones. Finalmente, Franco, impuesto por el fascio extranjero, exigió todo el Poder. La Junta de Burgos tuvo que resignarse y se erigió aquí en Jefe del Gobierno del Estado, según los monárquicos obtuvieron se le designara posteriormente. Pero éstos, en unión de los requetés y fuerzas reaccionarias, mantienen el Gobierno de Burgos, que aún funciona en precario, pues Estado, Guerra y Política, se lleva en Salamanca, por la Secretaría Política del «Cuadrisimo» y el «Hermanísimo», en áces de las Potencias fascistas.

Las divisiones entre los fascistas y el decreto de unificación

Los fascistas españoles no forman un todo homogéneo, sino que son de dos clases: los antiguos «jonsistas», viejos «camisas azules», y los adheridos a la rebelión por temor, conveniencia o presión. Aquellos tienen los mandos y el prestigio de adhesión a las filas combatientes, mejor dicho, lo tenían, porque la avalancha de los segundos, los ha desplazado y la infiltración extranjera y directriz clerical del Gabinete de Franco, ha hecho a la vieja Falange, los antiguos camisas «viejas», distanciarse y enfrentarse con el movimiento.

Al faltar Primo de Rivera, cuya muerte silenciosa, se elevó a la jefatura de Falange a Hedilla, un obrero enseñoritado, ambicioso y vacuo, que no alcanzó a comprender ni ocupar su puesto, rodeándose de gente poco afecta a los viejos «camisas azules», creando su camarilla personal. Los «viejos» Aznar, Sancho Dávila, Goya, García, Rendón (el hermano de Onésimo), etcétera, declararon a Hedilla la guerra, y este pleito interno de Falange, fué aprovechado por Franco para dividir y destrozar a Falange, cuya jefatura él y su amigo Yagüe codiciaban. Franco apoyó a Hedilla, y ello produjo la colisión de Salamanca, el hecho más grave acaecido en la zona nacionalista, donde Hedilla y los suyos fueron atacados con bombas de mano, siendo protegidos por los moros de Franco, muriendo Goya y otros, siendo encarcelados por los restantes «viejos», y quedando destruida y hostil para siempre la Falange de espíritu auténtico.

Aquella lucha sirvió de pretexto a Franco para dictar su famoso Decreto de unificación de milicias, proclamándose Jefe Supremo de todas ellas, y que causó el efecto de disgustar a toda la Falange, a los de Hedilla y a los «viejos», siendo también aquél detenido y sujeto a proceso, hoy pendiente de ejecución.

Pero, para estudiar el Decreto de Unificación, el hecho más trascendental de aquella zona, hasta el punto que divide la rebelión en dos etapas, examinaremos ligeramente las demás milicias existentes al promulgarse aquél.

Los Requetés, la gran fuerza tradicional y católica de Navarra, que extienden su influjo y organización a Burgos, Logroño, Vitoria y algo a Zaragoza, León y Galicia, que son compuestos de gente fanática y guerrera, y Mo'a supo aprovechar su aptitud como fuerza de choque, haciendo de ellos su base política. El Requeté no sabe bien, pues es inculto, su fin y su ideario: lucha por obediencia al cura y a su Jefe, y tiene un espíritu rural y religioso. Con sus cruces, medallas y escapularios, acude a la guerra como a la Cruzada Santa, y es más aprovechable en ella que el fascista, elemento de ciudad y moderno, apto para la vigilancia y la represión. No tiene ambiente popular, salvo en Navarra, pero para la gente clerical y ultrarreaccionaria de toda la zona, es la garantía de la vuelta a un pasado de costumbres hipócritas y tradicionales. En el elemento directriz indígena que rodea a Franco y a su esposa, requetista y católica ferviente, apasionada, predominan ellos y en Salamanca se planteó prontamente la lucha entre Fascio y Requeté, terminada, aunque no solucionada, por el Decreto de Unificación.

Además de Falange y Requetés, las dos grandes fuerzas de la rebelión, existían otras milicias: la J. A. P., Juventudes de Gil Robles, residuo vergonzante de aquel gran

partido de «los trescientos», que ha pasado por la amargura de ver cómo su jefe era amenazado de muerte y tuvo que huir de la zona y vivía tristemente su acefalia; las milicias de Renovación Española, compuesta de los jóvenes aristócratas de bello uniforme, boina verde —«tomates sin madurar», les llamaban los Requetés de boina roja— y de gran eficacia y prestancia... en los desfiles. También existían las milicias de orden, creadas en cada ciudad, compuestas de jóvenes de la localidad de treinta a cincuenta años, cuya misión era custodiar los edificios de Correos y Telégrafos, además de la Guardia de «Verdad» allí colocada, y desfilan en las procesiones.

Ninguna de estas milicias tuvo a menor importancia y desaparecieron al soplo de aquel Decreto, igual que se había creado entre la indiferencia de la gente.

El Decreto de Unificación, redactado por la Embajada Alemana y firmado por Franco, centralizó en el mando de éste las dos grandes fuerzas, Falange y Requetés, fusionando ideologías antagónicas y poniendo sus organizaciones a las órdenes de su Secretariado y camarilla militar.

Se creó la absurda Falange Española Tradicionalista y de la Jons, híbrido producto que ha conseguido disociar y separar para siempre la Falange del movimiento rebelde. El Requeté tampoco se encuentra muy satisfecho, pero como sus afiliados son fanáticos y mediatizados, ha bastado que el cura apruebe el Decreto para que ellos lo tengan como artículo de fe.

Es tan forzado y odiado este Decreto, que el propio Franco no se ha atrevido a publicar la orden, que tiene firmada hace tiempo, estableciendo como uniforme único de la nueva milicia creada, la boina roja y camisa azul, temeroso de su fracaso, ya avisado, y se mantiene en cada organización uniforme distinto, lo que hace ilusorio y ridículo el proyecto unificador.

Actual situación política, militar y social de la zona rebelde

a) SITUACION POLITICA.

En la actualidad, el eje de la política nacionalista gira sobre estos tres puntos: Franco, Queipo y Gobierno de Burgos.

FRANCO dirige desde Salamanca la política y propaganda exterior, lleva el alto mando militar de toda la zona (desde la muerte de Mola, antes la compartía con él), excepto Andalucía, y es el enlace y «mediador» de Mussolini y Hitler.

Comenzó infuido por Falange y despedido por no haber sido designado su jefe, es hoy su mayor enemigo. Se ha impuesto como jefe por Decreto, pero vive disociado de su espíritu y sus mandos tradicionales.

El hogar y el Secretariado político, que son una misma cosa, le dominan. Su esposa, riquísima, católica ferviente y que en su misticismo enfermizo cree elegido a su esposo por Dios para salvar a España, vive frecuentando iglesias y hospitales, en exhibición beatífica. Es recibida con la Marcha Real, adulada por la aristocracia de la zona, y envuelta siempre por el clericalismo, ejerce sobre su marido una presión y dominio de tipo jesuítico alarmante.

El Secretariado político de Franco es extranjerizado y reaccionario. En lo militar, extranjero; en lo policiaco y administrativo, reaccionario. Sangroniz, Pemán y Gil Robles son sus asesores civiles. Eugenio Montes y Giménez Caballero, hoy desplazados por otros universitarios de tipo Ballesteros y Bolín,

son sus mentores intelectuales y de propaganda.

QUEIPO sigue gobernando su insula como amo y señor feudal. Ni el Gobierno de Burgos, ni Franco, pueden evitar este virreinato; en su zona, justo es reconocer, es donde se desenvuelve la vida más normalmente; aunque los crímenes y asesinatos cometidos son innumerables, las personas que quedan libres y con vida están bastante bien.

Su método de Gobierno es curiosísimo. Rodeado de técnicos —así llama a sus amigos y compinches— decide por sentimiento personal siempre. A su sombra se han realizado grandes negocios.

EL GOBIERNO DE BURGOS, es un conjunto de Comisiones de los distintos ramos de la Administración. No gobierna sino administrativamente, y en la zona Norte y Centro de la insurrección. Es un conglomerado amorfo de funcionarios derechistas y personajillos de la situación, dominando en él los catalanes, hasta el extremo de que al Palacio del Cordón, su sede, se le conoce, con el remoquete de «la Lliga».

Todo evadido de la zona republicana que era o fué en algún lejano tiempo funcionario del Estado y acredite su condición derechista, clerical, y relate algún truco, persecución, tormento o crueldad que con él, familiar o amigo, cometieran los rojos, es en seguida colocado en este organismo en el puesto que a su evasión tuviera. Resultado de ello, es que el Palacio del Cordón —hoy los servicios se han trasladado en parte a la Audiencia antigua—, es un conjunto de pequeños Ministerios y Juntas catalanas, con los mismos funcionarios resentidos, análogas formas burocráticas, y donde los empleados, añorando la cervicería madrileña o el café de las Rambas, sólo piensan en su próxima instalación en Madrid y Barcelona. Como esto, sobre todo de Madrid, lo creen inminente desde hace once meses; no trabajan, pero cobran y están siempre pendientes de la célebre «toma de Madrid», veinte veces anunciada, veinte veces fallida.

Por ejemplo, el Alcalde designado para Madrid, señor A'cocer, su asesor especial, el Fiscal señor Mena, los tenientes de alcalde, equipos técnicos de Correos, Teléfonos, Luz, Agua, Electricidad, los quince juzgados para actuar en Madrid, etcétera, etc., todos con sus nombramientos ya arrugados en el bolsillo, han salido ya unas doce veces para Avila con el mandato de incorporarse urgentísimamente para entrar en Madrid mañana, y claro, doce veces han vuelto de Avila a Burgos, con el pan caliente y el vino y otros elementos que también se enviaban precipitadamente para allá. Pero todos siguen cobrando y preparados.

La Comisión de Hacienda la preside Amado, un abogado del Estado, excedente, que se pasa el día lamentándose de su exigua paga. La de Trabajo, un magistrado de Burgos, que era de «Pepe» Martínez de Velasco y no tiene idea de su Departamento. La de Justicia, la preside Pepe Cortés, andaluz y simpático, ex juez de Madrid y que conoció a Franco en Canarias. Bau, catalán y millonario, representa a Cambó, Ventosa y compañía, es presidente de la Industria y Comercio. La razón de su nombramiento, que dió Franco, es pintoresca. Se le achacaba su dependencia de aquellos magnates catalanes, y Franco decía: «Sí, pero al frente de todo eso, como hay que manejar mucho dinero, conviene que esté un hombre de posición, que tenga mucho dinero.» Para Franco, la honradez está en relación con la fortuna. Bau, además

(Continúa en la página siguiente)

DEL CAMPO FACCIOSO

(Continuación)

de ayudar a sus amigos, gestiona préstamos, a cuyo fin pasa frecuentemente a Francia, en su magnífico coche; a su numerosa familia, magnífica servidumbre que le sirve, la ha instalado en un chalet en Igüeldo, y la gente pondera su influencia en todas partes.

Así, análogamente, funcionan las otras Comisiones. Este Gobierno de pega, ni gobierna, ni tiene autoridad ni fuerza alguna. Un detalle vívido: el Presidente de la Comisión de Justicia, señor Cortés, para ir a Bilbao cuando su ocupación por aquel ejército, no disponía de automóvil, y tuvo que pedirlo prestado a un amigo. Conseguido el coche, tardó unos días en poder ir, por no tener el salvoconducto, que lo expiden las autoridades militares, y después tuvo que prepararse de viandas y vino para la excursión, por temor a quedarse sin comer en Bilbao.

Otro detalle: el Presidente del Gobierno anterior, Dávila, tenía en su mesa un teléfono que conectaba con los presidentes de las Comisiones. El actual Presidente, general Gómez Jordana, ha sustituido tal teléfono por un timbre; cuando quiere hablarles, llama y ellos se presentan... Así son los «ministros».

La participación de alemanes e italianos

b) LA SITUACION MILITAR

En la esfera militar está la zona completamente dominada e invadida por los alemanes e italianos. Estos se exhiben con sus tropas y cuerpos de ejército por doquier, singularmente en Vitoria, Valladolid, Palencia, Soría y Burgos. La estación de Valladolid, su enlace, está custodiada por ellos, y un enorme letrero lo dice en el andén: «Corpo di Guardia». Por las carreteras patrullan y vigilan ellos pidiendo los salvaconductos, y todos los pueblos de la región central están llenos de cuarteles, comandamientos, postas y campos de aviación de las tropas invasoras.

Los alemanes, más eficaces, pero aún más exhibicionistas y numerosos, ocupan los centros y puestos técnicos. La aviación es suya y considerable. En Burgos y Vitoria, solamente, poseen más de doscientos trimotores y trescientos cazas; están construyendo aeropuertos modernos y eficientes en estos sitios.

Su predominio es completamente humillante. Constantes requisas de hoteles y casas particulares se suceden. La situación de los nacionales es tan vergonzosa, que un nuevo detalle lo demostrará: en Burgos el mejor hotel, el María Isabel, además de otros muchos, está requisado por aviadores alemanes. A los huéspedes antiguos, se les quitó la

habitación y sólo se les deja ir a comer, pero una vez terminada la comida, tienen que abandonar el hotel rápidamente. Al Presidente de la Sala Civil de la Audiencia, don Fernando Badia, que con su señora, se sentó un día en el hall después de comer, se le acercó un policía y le obligó, aún conociéndole, a marcharse, pues eran las órdenes que tenían, ya que «los alemanes no querían que nadie permaneciera allí». Como la señora se quejara de que otras señoritas, las hijas del duque de Alburquerque, se las consintiera seguir en el hall, se la hizo saber que a estas señoritas habían dicho los alemanes que si las autorizaban, porque —frase textual— «el amor no estaba reñido con la guerra»; y en el baile que todas las noches se organiza allí, alternan ellas y otras amigas toleradas, en razón de su juventud, por los alemanes, pero «hombres, ningunos».

Esta humillación de los alemanes técnicos a la clase alta, se corresponde con la de los italianos al pueblo. El soldado italiano que gana diez pesetas diarias, se ríe del nacional reclutado, que tiene un real de «sobras» solamente. Las casas de prostitución están requisadas también para ellos. En Burgos, por ejemplo, donde hay cuatro casas de éstas, tienen los alemanes, dos; los italianos, una, y queda otra, la peor, para los españoles y moros!...

Los militares, sin embargo, se encuentran conformes con el movimiento, pues de él ha derivado su poderío e influencia crecientes. El Generalato ve aumentados sus ingresos e importancia. La autoridad militar es la única y se prodigan sus retratos y discursos, creyéndose auténticos salvadores del país, con automóviles requisados para ellos y su familia.

Los jefes y oficiales, resentidos y disgustados con la anterior etapa liberal y antimilitarista, se ven ahora ascendidos todos de golpe, y habilitados para el empleo superior inmediato, lo que equivale a otro ascenso, y además esperan que, por la necesidad de acreditar el valor y temple del ejército, se les arregle a todos desde Salamanca un ascenso nuevo por méritos de guerra. Ello les representaría, en dos años, una corrida de tres empleos en el escalafón, importándoles poco que para ello se arruine y desangre el país, pues ellos se ven con coches requisados, viajando con dietas espléndidas, ocupando todos los cargos de categoría, temidos y tomados en consideración, y una vez más se sacrifica el ejército para salvar a España...

Pero el militar español ve, con pena y envidia, que la invasión extranjera le posterga y humilla. El hubiera querido que Alemania e

Los sacerdotes de Belchite se dirigen a nuestro Embajador en París

«Sr. D. Angel Ossorio. — Muy señor nuestro: La circunstancia de ser los que suscriben sacerdotes que ejercíamos nuestros cargos en la villa de Belchite que, desde ayer, pertenece a las ya conquistadas por el Ejército popular de España, nos invita a tomar la pluma para dar a usted cuenta de nuestra impresión del campo rojo, en el que desde ayer vivimos.

Antes de que llegara la hora de la conquista, pudimos haber huido, pero nos pareció más noble permanecer en nuestro puesto, ya que nada temíamos y estamos dispuestos a ofrecer nuestros servicios a los conquistadores si los querían aceptar. Vamos al caso: ¿Qué hemos visto en la zona roja bajo el aspecto religioso? ¿Cómo se nos ha tratado? Fuera de las primeras expansiones que dada la intelectualidad de algunos es muy explicable, por lo que a nosotros respecta, podemos afirmar que se nos trata muy bien, a pesar de que todos saben que nuestra condición es la de sacerdotes, y estamos rodeados de atenciones que continuamente tenemos que agradecer. Queremos que usted lo sepa para que pueda aprovechar esta carta como guste, y que ella sea la prueba de agradecimiento que podemos dar a dichas atenciones,

que no se creerían en la otra zona si no fuéramos nosotros mismos los que, sin ninguna coacción, lo afirmamos.

Dios quiera llegue pronto el día en que, en vez de andar con exageraciones, conozcamos la verdad en toda su amplitud, que ella seguramente influirá para que haya cierta compenetración e inteligencia entre los dos bandos combatientes y llegue cuanto antes esa paz verdadera de la que tanto España necesita y sin la cual no puede llegar a la grandeza que merece. Con esta ocasión, tienen el gusto de ofrecerse de usted afectísimos (firmado), Luis Donate, párroco; Santiago Alegre, presbítero; Lázaro Baquero, coadjutor.

Postdata. — Aprovechamos al mismo tiempo esta ocasión para expresar nuestra protesta como sacerdotes católicos por los actos de terror verdaderamente abominables ocurridos en Belchite cuando estaba en poder de los nacionales, llegándose a fusilar cerca de un centenar y medio de personas, entre ellas algunas mujeres, sin que hayamos sabido el motivo. Oportunamente ya influiremos para evitar, si era posible, todos los fusilamientos.»

Hamburgo, puerto de Franco

El servicio de información de los obreros del puerto hamburgués comunica:

1.º El buque «Radbod» de Emden, de 7.000 toneladas y una tripulación formada por 25 hombres salió hace poco para el Japón, con motores de aeroplanos.

2.º El buque «Vogesen» hizo varios viajes a España. Su carga consistía en tanques y cañones antiaéreos destinados a Ceuta. En este puerto fué sorprendido una vez por los aviones republicanos. A la vuelta, cargaba naranjas o minerales; según la tripulación, se trataba de mercancías de buques escandinavos e ingleses, apresados a los fascistas.

3.º Desde el gran campo de tiro de Unterlüss, cerca de Südlüneberg, las grandes empresas Borsig, de Berlín, y Rheinmetall, de Düsseldorf, vienen suministrando enormes cantidades de obuses del 76 y granadas del 105 a Franco, vía Hamburgo.

4.º Continúa el reclutamiento de «voluntarios» en los cuarteles de Alemania del Norte. Una familia hamburguesa recibió en estos días una carta de su hijo, diciendo que ha sido destinado a un viaje al extranjero de gran duración. Toda correspondencia debe ser dirigida al Ministerio del Aire, ya que el muchacho es suboficial de Aviación.

5.º El soldado de la Reichswehr, Sterling, de Stettin, ha caído muerto en el ejército de Franco. Sus padres acaban de recibir 1.000 RM. de seguro. «Dinero sangriento» de Hitler que no puede recompensar la pérdida del hijo. En Stettin se habla mucho de este caso. «No vendemos a nuestros hijos por 1.000 marcos», se oye decir a menudo.

6.º Entre los marineros se nota cierta inclinación a rechazar servicios en buques franquistas. Al regresar de puertos españoles, muchos marineros abandonan el servicio, otros se niegan a aceptarlo al enterarse de que el viaje es a España, pretextando que «el peligro es demasiado grande». Los «nazis» se apresuran a convencerles de que los intereses nacionales les exigen que acepten, pues Alemania necesita los minerales españoles, ya que es dudoso que Suecia continúe mandando durante mucho tiempo minerales de hierro, pues el contrato expirará pronto y será Inglaterra quien reciba la mayor parte de los minerales suecos. Por lo general, estas enseñanzas no dan ningún resultado y las compañías marítimas han tenido que pagar frecuentemente un suplemento de 30 a 50 marcos para encontrar marineros.

(«Deutsche Volkszeitung», 29-VIII-37.)

Italia enviara dinero, cañones, tanques y muchos soldados para ser mandados por él, pero esta invasión de jefes y oficiales, mejor dotados y uniformados, mejor pagados y con mayor autoridad, aclamados por la gente y a los que achacan las victorias y los éxitos, le desagrada. Ve también que todos llevan cargos de capitán para arriba, que son los mimados del Poder, y llega el propio Estado Mayor de Franco a alegrarse de LA DERROTA DE AQUELLOS, COMO OCURRIÓ CON LOS ITALIANOS EN GUADALAJARA.

Hay un estado latente de envidia y potencial de hostilidad en el militar español hacia el ejército invasor.

Socialmente, el pueblo, el auténtico pueblo, no está ni puede estar nunca con el militarismo tirano. Fanatizado o aterrorizado, ve campar al ejército sin freno ni contención.

El pueblo ha visto caer fusilados sin motivo ni causa a millares de sus hijos, encarcelados muchísimos y perseguidos, destituidos y despojados de sus bienes y empleos la mayor parte, y engañado por la Prensa, dominado por el terror y su incultura, vive días de angustia horrible. Se le ocultan todas las cosas que en el orden interior o exterior pueden ser favorables a la causa de la República y nada se le deja

entrever de la gran obra por ésta realizada para organizar un fuerte Ejército y una aviación poderosa. Sin embargo, la fe del elemento verdaderamente popular no ha lle-

gado nunca a extinguirse y espera siempre, pese a todas las adversidades y dolores, el triunfo final y definitivo de las armas republicanas.

Estreno de «Tierra de España»

Dramático contraste entre la vida de guerra y la vida de trabajo en España

En el cine teatro Play-House, de la calle 55, se viene proyectando, desde el día 20 de agosto, una película digna de ser vista y estudiada por todo el mundo.

Joris Ivens ha logrado producir una de las mejores películas sobre la guerra que destroza a la España del Pueblo.

A este trabajo se ha añadido un significativo comentario oral del notable autor Ernest Hemingway. La película presenta con dramáticos contrastes la vida en las trincheras y la vida de trabajo en la España republicana.

«Tierra de España» ha sido considerada de tanta importancia, que el Presidente Roosevelt ha solicitado y obtenido que fuera proyectada en su presencia, en privado.

Los artistas de Hollywood, queriendo dar una prueba de su manifiesta solidaridad con el pueblo español, asistieron a un «estreno especial», pagando 1.000 dólares por cada localidad.

La recaudación de este «estreno especial» fué destinada a la adquisición de ambulancias y medicinas, que fueron enviadas a los invencibles defensores de la libertad y de la democracia.

Esta excelente película ha sido producida por la «Contemporary Historians Inc.», firma que no trabaja con fines comerciales. Todas las escenas de la película fueron filmadas en España por Ivens, que ha desafiado muchas veces la muerte para llevar al pueblo americano una clara visión de la heroica lucha anti-fascista.

(«La Stampa Libera», 22-VIII-1937. New York.)

Los piratas son conocidos

Se están haciendo deliberados esfuerzos para rodear de un aire de misterio la identidad de los submarinos piratas que hunden buques soviéticos e ingleses en el Mediterráneo. Se arguye que no hay necesidad de indagar en el pasado, sino asegurar garantías para el futuro.

¿Cómo es posible proteger los buques mercantes y las vidas de los marineros ingleses y soviéticos sin saber contra qué hay que guardarlos o de dónde viene el peligro? Los que hacen un misterio de la identidad del atacante tratan solamente de encubrir a los agresores fascistas que amenazan en alta mar la vida de los marineros.

Unos submarinos italianos han sido identificados en el acto de hundir barcos ingleses. Se sabe que hay submarinos alemanes patrullando por el Mediterráneo y que cinco de ellos han sido entregados a Franco. ¿Cómo van a poder Italia y Alemania dar garantías contra sus propias piraterías?

La única garantía es la acción conjunta de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética, para oponer resistencia a los agresores fascistas, bloquear todos los puertos de Franco, suministrar armas al Gobierno democrático español y emprender una acción eficaz en la próxima Asamblea de la S. de N. que ponga fin a la intervención fascista en España.

(«Daily Worker», 6-IX-37.)

Este Boletín se reparte gratuitamente